



1. De primas y sueldazos

ME come la indignación –en realidad supongo que es cuestión de cochina envidia– cada vez que leo los fichajes supermillonarios de un famoso televisivo o las cuantiosas primas que se marcan algunos futbolistas por ganar un partido. Me sientan fatal esos sacos de dinero extra que se llevan a su casa por el simple hecho de haber sacado adelante un buen programa que lo haga apetecible para la competencia o por meter un gol más que el contrario en un encuentro importante. ¿Pues no consiste en eso su trabajo por el que habitualmente cobran, y bien, como todo currito?

Suele molestar este comentario a semejantes señoras y señores supermillonarios porque dicen que no se reconoce su derecho a sacar tajada de los grandes beneficios que ellos generan con sus éxitos o con sus goles. Tal emisora gana un montón teniendo a Fulanito y aquel club se forra a golpes de eliminatoria.

Aunque tengan parte de razón, puestos a sentirse mal, tendrán que reconocer que el malestar es mucho mayor que el suyo en esta parte de la ciudadanía trabajadora que, con las letras pendientes en la mano, el alquiler por pagar, y recortándose la vida cada final de mes, va una mañana y se entera de que se pueden cobrar setenta millones de pesetas anuales por dirigir un telediario, embolsarse 15 millones al mes por presentar un concurso, o llevarse cuarenta kilos en dos horas por ganar en Amsterdam.

El baile de cifras marea. Pero lo que sonroja, más que el montante de ciertos contratos y de ciertas primas siendo altísimo, es el esquizofrénico clima laboral, social y cultural capaz de alimentar tales despropósitos. Entristece imaginar una sociedad que valora el trabajo profesional bien hecho –de eso no cabe duda– con diferencias tan abismales.

Es de locos que cada gesto del famoso salga por un ojo de la cara y que meses y meses de investigación pura y dura, de responsabilidades de abrigo, o de trabajo quebrantahuesos no den ni para pagar la factura del sastre del famoso. ¿Que ellos arriesgan mucho en cada una de sus intervenciones? Vayan con la comparanza a la gente del bisturí, o a la Guardia Civil, o a un bombero. Ningún triunfo se improvisa. Pero qué rentabilidad tan desigual sacamos los humanos a un instante de gloria.

En fin, la culpa es también en buena parte nuestra. Hemos sacado de quicio la trascendencia popular de la televisión y del fútbol. Hemos colocado al aparatejo y al balón en el centro preciado de nuestra cotidianidad. Son nuestros modernos lares. Y la adoración de estos dioses nos está saliendo carísima.

L. U.

2. Ese momento mágico

LLEVA pocas semanas en pantalla y ya nos ha desvelado su ingente carga de comunicación. Se titula *Mensaka, páginas de una historia*, y se trata de una película realizada por un director que se estrena, un tal Salvador García Ruiz, con guión de Luis Marías y basada en la novela homónima de José Ángel Mañas. Se habla de ella como de algo curioso, como de una película extraña en el panorama del cine español. Solamente ahora sabemos hasta qué punto debíamos esperarla.

Esta historia de «mensajeros con moto incorporada», niños del barrio de Salamanca y adolescencia/primera juventud absolutamente rota, nos llega al corazón porque resulta mágica, porque supera nuestra capacidad de espera y de esperanza. Atendemos qué sucederá después de unas misteriosas palabras en un autobús normalito y corriente, con gente de la que vemos tantas veces en la recta final del bachillerato. Y acabamos sumergidos en unos eventos (como se decía en *Sostiene Pereira*) capaces de estremecernos hasta el tuétano. La historia deviene subhistorias varias, pero cada una dura, sumergida en la realidad, esa realidad a veces mínimamente descubierta en nuestras vidas normalizadas y razonables. La realidad de los espacios marginales de la sociedad.

Porque resulta que esas criaturas tan primerizas, en ese salto final de la adolescencia a la primera juventud, son atroces, tremendas y temibles. Está clara su debilidad casi congénita, pero se va evidenciando también su carácter demoledor ante nuestros ojos sorprendidos y alucinados. Son capaces de urdir tramas sin fisuras, pero a su vez acaban víctimas de tanta contundencia. Sobre todo ella, esa niña/joven de mirada estricta, casi adulta. Tiene la severidad del dinero prepotente, el orgullo de un carácter recio y la negrura de oscuras intenciones. Acaba por organizar la misma muerte, y cuando se encuentra con ella, a pesar del susto, sabrá sobreponerse y arramblar con todo. Para acabar, de nuevo, en el autobús del comienzo.

Los adultos solemos infravalorar este momento de la vida como algo un tanto sin importancia, pero no. Las imágenes del filme, tocadas de un malditismo feroz, nos invitan a reflexionar sobre la realidad marginal dentro de la misma normalidad existencial, en los barrios educados de nuestras ciudades engominadas. Es una llamada durísima a toda reflexión. A ese cuidado que los adultos deberemos tener de una época de la vida tan breve como resuelta. Será bueno visionar *Mensaka*.

P. de P.

3. Con puntualidad exquisita

EN su diócesis le querían de verdad. No parece que tuviera enfermedad o achaque alguno más alarmante de los que se suelen barruntar a los setenta. Trabajaba sin pausa. La gente dice que lo hacía bien. Nadie diría que corría tanta prisa mandarle a descansar. Cuando dejó su cargo no estaba designado el sucesor y se acudió a una solución forzosamente provisional. Todo ello no resulta fácil de entender aunque se tenga en cuenta la cuestión de la nueva «universidad católica» de Murcia, cuya fundación suscita dudas no pequeñas. El hecho de que en la Iglesia los católicos debamos estar dispuestos a obedecer no debiera ser utilizado como atajo cómodo por quienes tienen el deber de mandar. Y recordamos algún caso reciente en Europa de alguna diócesis, dolorosamente dividida por la manera de proceder del obispo. Se ha extremado allí, quizá hasta el exceso, la delicadeza y se le ha «removido» nombrándole arzobispo. Hay en nuestra iglesia algunas desigualdades de trato que, por lo llamativas, resultan inexplicables.

D. Javier Azagra era, hasta hace poco, Obispo de Cartagena/Murcia. Obedeciendo con puntualidad el mandato de la Iglesia, presentó su dimisión el mismo día en que cumplía los 75 años. Y le fue aceptada con desacostumbrada rapidez. La sede quedó sin Obispo titular, y su gobierno confiado provisionalmente al arzobispo de Granada. Si no había repuesto inmediato, ¿no podía haber seguido el obispo, ahora ya emérito, aunque sólo fuera el tiempo preciso hasta que estuviera clara su sucesión? Si se tenía intención, por los motivos que fuera, de aceptarle con prontitud la renuncia, ¿resultaba tan extremadamente difícil haber previsto con antelación un sucesor para que asumiera su responsabilidad en el momento mismo en que se aceptara la dimisión a D. Javier Azagra? Así se evitaba la sobrecarga de uno (el actual administrador apostólico) y el «trato» al otro (el obispo retirado).

Con la prescripción vaticana en la mano, las jubilaciones tienen día fijo. Lo que sucede es que, en la práctica y en cada caso, el buen tino y sentido común del gobernante flexibiliza y acomoda su interpretación. Impera el espíritu y no el calendario. Como debe ser. Y así se prolonga la buena obra cuando se ha menester y el «subjecto» y los fieles no padecen detrimento. Conducta más que humana.

Cuando se dan estas condiciones básicas no se entienden las prisas. Sabido es además que en varias ocasiones ha sucedido justamente lo contrario. Es decir, que cuando a muchos, incluso a muchísimos, les parecía que semejantes requisitos para la permanencia al frente de la diócesis se debilitaban con el paso del tiempo, justamente entonces se rechazaba la dimisión y el obispo seguía cumpliendo años de dura y penosa responsabilidad.

Prudencia y sensibilidad. No dudo que ambas virtudes sean deseadas e incluso ambicionadas por nuestros superiores eclesiásticos. Pero creo sinceramente que esta vez el exceso de puntualidad ha podido jugar una mala pasada y suscita a la fuerza comparaciones poco edificantes.

S. V.

4. Hablar por hablar

CUANDO la madrugada se hace presente y las pasiones se evidencian en la soledad, desde la siempre misteriosa radio nos llegan las palabras de un espacio atípico, pero tan humano como la vida misma. Su título reza *Hablar*

por hablar. Lo conduce, nunca mejor dicho, Fina Rodríguez, si bien fuera su creadora la ya famosa Gemma Nierga. Participan todos quienes quieran hacerlo, oyentes de la SER en ese momento que oscila entre las 12,30 de la noche y las 3 de la naciente madrugada. En esas horas susurrantes, hombres y mujeres nos abren el corazón. Sin más.

¿Qué tiene el ser humano que necesita apresuradamente comunicar sus desasosiegos? ¿Qué le impulsa a perder todo pudor en la intimidad del anonimato? ¿Por qué nos saltamos todas las barreras de la cordura y de la contención cuando creemos que nadie nos ve? Si alguien se animara a escuchar *Hablar por hablar*, entendería por qué suceden estas cosas en la oscuridad nocturna. Pues durante este rato, los españoles deciden contarse sus mayores realidades personales como si de una confesión laica se tratara, sin barreras, sin temores, sin reticencias. Sexo, familia y profesión constituyen el tríplico fundamental de esos minutos ardientes. Todos para todos. Mientras se espera alguna respuesta agónica en el esplendor de las estrellas. En un ámbito casi religioso.

Al cabo, a la vez que Fina Rodríguez engarza confidencias con sollozos, y lo hace con tanta amabilidad, con mesura, con respeto, al cabo, quedamos sorprendidos por el cúmulo de realidades explicitadas, como en una especie de gran fresco de apasionamientos desatados, que nos lleva hasta esos lienzos de El Bosco, entre atrevidos y hasta groseros pero siempre notables en su fuerza de veracidad. La España más honda queda al tremendo descubierto y sabemos, entonces, que los hombres y mujeres de esta tierra siguen siendo los de Quijote, los de Celestina, los de Segismundo. Es el pueblo en su estado puro. Es la traición de los sencillos. La fractura de todo lo «políticamente correcto».

Vale la pena sintonizar el dial. Porque, en el colmo de la paradoja, nunca se trata de «hablar *por* hablar» sino de «hablar *para* hablar», de forma sentida, emocionada, elemental. En ocasiones, la radio, ella tan sencilla, produce el escalofrío de la gente/gente, más allá de interpretaciones sociológicas últimas. Y Fina, quien conduce, habla quedamente en la madrugada, como una gran madre espiritual.

P. de P